

## EL ÚLTIMO BUROCRATA

*Alejandro Bravo Serrano*  
Nicaragua [www.negrobravo.com](http://www.negrobravo.com)



Ese hombre era un ángel o un demonio, según el cristal con que se le mire. Yo fui uno de los últimos en tratarle. De hecho hicimos una buena amistad, iniciada con diarias conversaciones pueriles y el acto de compartir el almuerzo juntos, en el desierto laberinto enorme, que es la Casa de la Presidencia.

Entré a trabajar en mantenimiento de las computadoras del Poder Ejecutivo, el 21 de febrero de 2045. Para entonces, toda la Administración Pública se había informatizado y legiones de ineficientes burócratas habían sido sustituidos por las máquinas de última generación que la Confederación Centroamericana había adquirido con préstamos internacionales.

En aquel edificio sólo trabajábamos seis personas. El Presidente y el Vicepresidente, sus dos expertos en informática, el portero y yo. Ellos por supuesto, laboraban en la suite de lujo, que era el último piso del edificio. Sus necesidades eran atendidas por compañías de banquetes, que al efecto eran seleccionadas por las computadoras, en procesos automatizados de licitación pública. No es factible el fraude, pues entre máquinas, no hay parentesco, amistad o filiación partidaria común y es matemáticamente imposible que la computadora de Xolotlán Hotel & Ressort, pudiese sobornar al sistema informatizado del Poder Ejecutivo, para que éste seleccionara a su empresa, dentre doscientas del mismo tipo, que operan en nuestro mega-mercado mesoamericano. La vigilancia del edificio, también se hacía por medio de máquinas. Las huelgas, tomas de edificios y otros desórdenes habían desaparecido, desde que se robotizó la industria y el agro. Los estudiantes, con el sistema de educación a distancia, recibían las clases por Internet en sus propias casas, así que aquellas marchas, con llantas incendiadas y morteros caseros y policías anti-motines machacando cabezas, eran cosa del pasado.

Me sorprendió, encontrarme, en uno de los sótanos del edificio a aquel señor. En un escritorio grande tenía instalada una viejísima computadora, de las de quinta generación. Cuando entré a la oficina, si es que ese cuarto húmedo y en penumbras pudiese ser llamado oficina, le sorprendí leyendo y clasificando cartas. Cuando pregunté que hacía en el edificio, el cincuentón, algo obeso se puso de pie de su destartado sillón y me respondió con orgullo: "Soy el Director de Participación Ciudadana en la Administración Pública y me llamo Pablo Tornero".

Me pareció que era algún burócrata loco, de esos varios miles que se despidieron gracias al Plan de Eficiencia Administrativa Nic-Confer-225 que el Banco Mundial recomendó a la Confederación Centroamericana, que se aplicara, para alcanzar los estándares mundiales en esa materia. Revisé en mi propia terminal, las afirmaciones del señor de cabello entrecano, con barba rala y piel blanca, que pronunciaba con un orgullo, ya pasado de moda, como los anteojos redondos que usaba, su altisonante cargo burocrático. Era cierto. Era el único empleado público que sobrevivía en la nómina del Poder Ejecutivo.

Según el Manual de Funciones que consulté, el trabajo de ese señor consistía en responder las peticiones y sugerencias que los ciudadanos dirigían al Presidente de la República, derecho político de la ciudadanía, garantizado por la Constitución. Un vehículo de la empresa que prestaba el servicio postal, entre los ciudadanos que no podían comunicarse por el correo electrónico, llegaba semanalmente al edificio y descargaba el alud de cartas, a través de un tubo, especialmente instalado, el que conducía la Participación Ciudadana a un gigantesco recipiente, muy parecido a un basurero, de donde los sacaba el Doctor en Sociología, Máster en Psicología de Masas y Licenciado en Derecho Público, Pablo Tornero y Troncoso, para leerlas, clasificarlas y responderlas, en el tiempo estipulado por la ley.

El hombre era descendiente de un español, que amargado con su realidad, odiando al turbo-capitalismo, se vino a estos trópicos, con un libro de historia económica bajo el brazo, un título de Doctor de la Universidad de Sevilla, color sepia y una carta de presentación de un amigo suyo, que vivió en Nicaragua a fines del siglo XX. Así el primer Pablo Tornero, terminó sus días, en el río San Juan, enseñando Historia de América en una Universidad a distancia y viviendo feliz con una muchacha campesina, que nunca le replicó y le dejó hacer cuanta locura quiso. En sus últimos años fue un perfecto varón domado y la mujer se reía de él diciendo a las demás: *Esto del matrimonio es como la pesca del tiburón. Una les pega el arponazo, les suelta el cable y los deja correr, cuando ya no tienen juelgo, recoge el cable, los sube al bote y los remata a canaletazos.*

El cincuentón se enorgullecía de su abuelo hispano y a toda hora citaba frases célebres del historiador, que según parece tenía por pasiones al fútbol, el ron y la historia de las revoluciones. No se sabía dónde empezaba cada cosa y estaban entremezcladas sus borracheras ilustres con las grandes batallas y los memorables partidos de fútbol, del Betis, un equipo de su Sevilla natal.

El señor Tornero clasificaba las cartas en Peticiones Razonables, Causas Difíciles y Desesperadas, Insultos Políticos e Insultos Personales. Para cada respuesta tenía un estilo literario particular.

*Las Peticiones Razonables* eran aquellas, enviadas por alguno de los cientos de miles de marginales, que una vez fueran empleados públicos y ahora poblaban la Costa Atlántica, donde fueron enviados como colonos, con miles de promesas de créditos, tierras paradisíacas, asistencia técnica, vivienda digna y se encontraban habitando chozas en pantanos o en páramos que alguna vez fueron pinares. Pedían algún medicamento para un

hijo, o unas láminas de zinc, para reparar el techo de la choza. De este tipo de carta, llegaban miles por mes.

*Las Causas Difíciles y Desesperadas*, las constituían las peticiones de dirigentes comunales, que demandaban pavimentación para las calles de su barrio, o la construcción de una escuela, en un área rural. Locos que querían resucitar unos tales Cabildos Abiertos, que parece existieron en la Edad Media y demandaban que se aplicara el principio de democracia participativa, que está en la Constitución. Ningún experto en Ciencias Políticas, Derecho Público y Reingeniería de la Administración Pública de los cienos que fueron contratados, como asesores externos, pudo explicar al Presidente, en qué consistía eso.

*Los Insultos Políticos* los enviaban ancianos radicales, que fueron dirigentes de sindicatos, antes de la maquinización, que acusaban de traidor al Presidente y *los Insultos Personales*, los enviaban algunos escasos terroristas verbales, que calmaban sus instintos criminales, amenazando de muerte al Presidente y llamándole de la peor manera posible.

El señor Tornero respondía al primer tipo de carta, en un tono paternal y afable, encomiando al remitente a continuar en la patriótica labor de colonizar la Costa, diciéndole que comprendía su problema y que haría todo lo que estuviera a su alcance para que su petición, justa y razonable por demás, fuese resuelta favorablemente. Que comprendiera la grave situación económica por la que atravesaba, no sólo el país, sino la Confederación entera. Luego de despedirse deseándole suerte en su trabajo y salud para el remitente y su familia, se despedía con un fuerte abrazo y Tornero ponía un facsímil con la firma presidencial y sellaba con el Gran Sello de la Nación. El papel membretado que usaba decía Correspondencia Particular del Presidente de la República. Una copia era enviada a las diversas agencias no-gubernamentales de beneficencia.

A la correspondencia de segundo tipo, respondía utilizando papel que impersonalmente tenía impreso el escudo de armas de Nicaragua y escuetamente decía Presidencia de la República. Contestaba con terminología jurídica y con argucias presupuestarias. Esgrimía la obligación de los ciudadanos para colaborar con el desarrollo material de la República y de la Confederación, prometía un crédito blando para que los vecinos compraran los materiales, producidos por supuesto dentro de nuestro megamercado mesoamericano y contrataran una buena compañía privada de ingenieros, que ejecutara la obra. Por supuesto, el mero Presidente se ofrecía para llegar a inaugurarla. Firma y sello. Una copia era enviada a las agencias internacionales de cooperación económica.

Para las del tercer tipo tenía un papel que ostentaba también el escudo nacional, en menor tamaño que los anteriores y decía Secretaría Privada del Presidente de la República. En tono cortés reclamaba respeto para el Primer Magistrado de la Nación. Hacía recuento de los desvelos de nuestro Presidente por el bienestar nacional, llamaba al remitente a pensar un poco más en el bien común y la democracia y en algunos casos le ofrecía una cita, para discutir los problemas nacionales. No se remitía copia a nadie.

Las carta de último tipo eran respondidas en un raro papel que decía Agencia Nacional de Seguridad y contenían puras amenazas. No se firmaba y se enviaba a la

compañía que vendía los servicios de seguridad al edificio, para que se encargaran de remitirla y darle seguimiento.

Trabajamos juntos durante dos años. Me enseñó a jugar cartas para matar el tiempo, tocaba guitarra y cantaba viejas canciones sevillanas y corridos revolucionarios, que le escuchó a su excéntrico abuelo.

El Presidente de República fue urgido por el Banco Mundial a reducir el gasto público, decidió suprimir al personal supernumerario y el último burócrata fue cesado en el ejercicio de su cargo. Una carta informatizada le comunicó el fin de su puesto público. Tristemente me dijo cuando la leyó: *Y ahora? Qué va a hacer toda esa gente sin mí.*

En el telenoticiero de las seis de la tarde de ayer, dieron la noticia de su suicidio: Se tiró ante las ruedas de un camión postal.

20/jun/96

*Ujón*